



MADRID, 4 DE OCTUBRE DE 1.967

Nº 92

DOCUMENTACION

LA INVERSION EN HOMBRES:

SU EFICACIA, SU NECESIDAD EN UNA ECONOMIA MODERNA

Conferencia de ALFRED SAUVY, Director del Instituto Nacional de Estudios Demográficos y Profesor en el Colegio de Francia.

Esta conferencia, publicada en "Technique-Art--Science, Revue de l'Enseignement Technique", No. 174, Cachan (Seine) Dic. 1963 p.9, ha sido traducido para CINTER-FOR-Noticias, con autorización comunicada por el Secretario General de Redacción, P. Salles, con fecha 19 de mayo de -- 1967.

LA INVERSION EN HOMBRES:
SU EFICACIA, SU NECESIDAD EN UNA ECONOMIA MODERNA

Conferencia de ALFRED SAUVY, Director del Instituto Nacional de Estudios Demográficos y Profesor en el Colegio de Francia.

Esta conferencia, publicada en "Technique-Art-Science, Revue de l'Enseignement Technique", No. 174, Cachan (Seine) Dic. 1963 p.9, ha sido traducida para CINTERFOR-Noticias, con autorización comunicada por el Secretario General de Redacción, P. Salles, con fecha 19 de mayo de 1967.

"La inversión humana" es una expresión un poco bárbara, no muy feliz tal vez. De todos modos, ustedes lo han de juzgar.

Veamos primeramente una definición general de la inversión, noción económica muy extendida: es un esfuerzo o una privación (que se traduce en gastos, claro está, por lo menos en nuestro régimen) que reporta frutos escalonados.

Por ejemplo: construir una fábrica, plantar árboles frutales, son inversiones.

En el otro extremo de nuestras preocupaciones, la enseñanza es el resultado de un proceso histórico lo más alejado posible de la economía. En sus comienzos la enseñanza no es utilitaria y está muy lejos de este empeño.

Poco a poco, sin embargo, y desde hace ya bastante tiempo, cada familia ha comprendido que los hijos salen ganando materialmente al instruirse, porque podrán ejercer una función más lucrativa. Pero la nación en su conjunto no ha comprendido verdaderamente este fenómeno fundamental.

Por ello parto de un punto de vista decididamente materialista, considerando la enseñanza en su aspecto puramente económico, para darnos cuenta cabal del punto a que nos lleva.

Capitales y hombres

El pasado nos da ejemplos del valor de los hombres en la economía; la decadencia de España en los siglos XVII y XVIII no se debe a la falta de bienes materiales, sino a la inversa. Algunos autores han señalado precisamente que España había tenido "la gran desdicha de cambiar sus hombres por metales".

Podemos citar también al Edicto de Nantes: lo desastroso de esa revocación no está en la importante pérdida numérica para la población francesa, ni en la apreciable pérdida de riqueza, sino en la partida de la élite intelectual y progresista. Se frenó el espíritu industrial, el espíritu creador y de ello derivaron múltiples desgracias.

Veamos algo más reciente: todas las observaciones que se hagan sobre el presente llevan a una misma conclusión: el desarrollo de una economía no depende de los capitales como se cree generalmente, sino de la calidad de los hombres. Daré algunos ejemplos.

Europa occidental

Consideremos los países de Europa occidental; son países muy diferentes en recursos naturales. Algunos tienen carbón, otros no, etc. Además, han evolucionado muy diversamente en lo demográfico, algunos con fuerte natalidad en relación con sus recursos naturales, otros con natalidad débil. Sin embargo, a pesar de estas desigualdades en su punto de partida y a pesar de las guerras, encuentran finalmente un nivel de vida aproximadamente igual. Si se busca la explicación, el factor común, sólo encontramos uno: esta zona tiene unidad cultural.

El pretendido milagro alemán

Cuando alguien habla de "milagro" es porque no comprende. Hace veinticinco años, Hitler clamaba al mundo por espacio vital. Si Alemania tenía 6 millones de desocupados; decía, es porque carecía de riquezas naturales, porque necesitaba colonias, porque le haría falta Ucrania. Y muchos franceses o ingleses, nada nazis por cierto, asentían diciendo: "Es verdad, a la pobre Alemania le quitaron las colonias mediante el Tratado de Versalles y por eso tiene 6 millones de desocupados".

Después de Postdam, cuando los alemanes refluyeron hacia el oeste, la gran idea de Morgenthau y de los americanos era la "pastorización". Había que hacer que los alemanes retornaran al estado pastoril.

Error tremendo, porque la etapa pastoril exige precisamente enormes espacios, enormes riquezas naturales y entonces sí que habría necesidad de Ucrania y de mucho más para alimentar a todos los alemanes.

En los hechos, 12 millones de hombres llegaron a ese territorio, presuntamente "sub-vital", de los cuales estaban en edad activa 7 millones. Esos hombres llegaron casi desnudos, con una valija, sin capitales, sin traerse sus fábricas, sus casas y sus universidades y hoy nos encontramos con que tienen universidades, fábricas y casas.

¿Por qué?

Algunos incorregibles, hipnotizados por los capitales, han dado explicaciones absurdas de este acontecimiento: ¡se trataría del dinero norteamericano! Quienes lo dicen no han verificado ni observado nada. Lo dicen para no renegar de sus convicciones. No, señores, si Alemania ha logrado su pretendido milagro,

es porque los 7 millones de inmigrantes adultos llevaban consigo su saber. Si hubieran llegado 7 millones de obreros analfabetos, hoy tendrían 7 millones de desocupados o poco menos. Los que vinieron tenían capacidad suficiente; no se les pudo quitar ese precioso saber y él les ha permitido reconstituir sus riquezas.

Por otra parte, han habido después otros pretendidos "milagros": el milagro austríaco, el milagro holandés, el milagro suizo, el milagro italiano. Todos esos éxitos notables se deben a un solo factor: la calificación de los hombres. Existe un umbral crítico a partir del cual un país se desarrolla en cadena. Para alcanzar ese umbral, hay que tener una proporción suficiente de técnicos, de mandos medios de diferentes clases. Pertrechado de este modo, un país entra, por así decir, en el club industrial; sus progresos se alimentan por sí mismos y entonces es evidente que tiene capitales.

El hormiguero

Para juzgar con acierto esta cuestión tan delicada y tan mal comprendida, hay que encararla en varios aspectos. Tomo entonces un ejemplo muy diferente. Después de cada guerra destructiva, que creemos ha reducido a la nada a un país, la opinión pública se sorprende siempre al ver que ese país se reconstruye en un lapso bastante breve, casi siempre el mismo, alrededor de cinco años, cualquiera sea el régimen, trátase de los soviéticos, de la España de Franco o de otros.

De manera que cuando se destruye el capital, la producción aumenta rápidamente y es a partir del momento en que se recupera la producción de pre-guerra, es decir, cuando se reconstituye el capital, que la producción aumenta con menor ritmo y retoma su régimen de crucero. Esto parece paradójal.

Claro que hay explicaciones sociológicas, pero el hecho fundamental es que los hombres reconstruyen su capital con facilidad, porque corresponde a su saber, a lo que ellos ya saben hacer.

Den un puntapié a un hormiguero: verán a las hormigas ocuparse afanosamente del desastre. Si ustedes pasan algún tiempo después, volverán a encontrar el hormiguero en su estado anterior, ni mejor, ni peor, ni más grande ni más pequeño, porque corresponde a la capacidad de las hormigas, a lo que saben hacer.

De la medicina a Saint - Simon

He aquí un apólogo imaginario, pero que ustedes pueden representarse fácilmente:

Supongan que de pronto, una noche, todos los aparatos médicos queden aniquilados, en un país como Francia, desde el simple termómetro hasta el aparato para separar isótopos. Es cierto que sería un gravísimo inconveniente, porque el mejor médico no puede hacer gran cosa si carece de instrumentos, pero las

fábricas empezarían a funcionar día y noche, se compraría al exterior, se emplearían los medios extremos, se utilizarían los escasos instrumentos las veinticuatro horas del día. Finalmente, a los seis meses, el mal estaría reparado sin un daño importante para la salud pública.

Imagínense, por el contrario, que siempre en una sola noche, todos los médicos, todo el personal sanitario desaparezcán del país: se necesitaría probablemente un siglo o más para reconstruir la ciencia médica.

Esta idea se asemeja en algo al apólogo de Saint-Simon, ese hombre notable, que parece reconquistar hoy algo de crédito. Decía Saint-Simon que si se suprimía mil ingenieros, técnicos, químicos, etc., resultaría de ello un mal enorme para el país, mientras que si se suprimieran mil prefectos, obispos, políticos, etc. no habría ningún daño para el país. De todos modos esa idea le provocó un daño para él mismo puesto que le valió ser llevado a la justicia penal.

Persistencia de la ilusión

¿Por qué verdades tan deslumbrantes no se conocen más y por qué los economistas siguen hablando sólo de dinero y de capitales? Porque las apariencias están contra la realidad. Todo juega en contra del hombre:

- a) Estamos en una economía mercantil, pero el hombre no se vende, con la excepción tal vez de los jugadores de fútbol. Por este hecho, en la retorta del contador que destila las cuentas nacionales se encuentran toneladas de carbón, valores de bolsa y tasas de interés, pero no hombres. El hombre no es un buen tema estadístico.
- b) Una tendencia muy natural nos lleva a aplicar a una nación, mediante una generalización espontánea pero ilegítima, conceptos y resultados que son ciertos en la escala individual. Por ejemplo, cuando un individuo quiere iniciar un negocio, ¿qué busca primeramente? Capitales. Cuando los tenga, podrá contratar el personal que necesita y comprar el equipamiento y las mercaderías para iniciar su negocio. Pero lo que es verdad para el individuo, ya no lo es para una nación. La nación no puede conseguir los hombres que le faltan, pero si los tiene, puede otorgarles créditos y permitirles que ellos mismos forjen su instrumental o lo amorticen con su producción.

Esas ilusiones sobre "el dinero" han tenido considerable repercusión. Apoyados sobre tales sistemas, los economistas anteriores a 1914 afirmaron que la guerra no podría durar más de seis meses, por falta de dinero.

Así cuando se estudia la economía superficialmente, dejándose llevar por los acontecimientos de todos los días, terminamos siempre por olvidar lo esencial, que es el hombre.

En la Compañía Renault, que tiene una escuela de formación de técnicos, propuse una vez la siguiente cuestión: "Estos técnicos que ustedes forman, no pueden mantenerlos ligados a la empresa. ¿No pueden luego de formados marcharse y hasta irse al competidor?". Se me contestó: "Claro que sí, no podemos conservarlos. Algunos se quedan con nosotros, otros se van, pero estimamos que aunque sólo se quede con nosotros la mitad de los que hemos formado, todavía salimos ganando". ¿Cuál es la industria cuyo jefe de empresa pudiera perder la mitad de los productos que fabrica y tal vez verlos tomar por su competidor, y resistir siquiera unos días?

E.D.F. (Electricidad de Francia) también ha emprendido la formación de los hombres. Buscando un medio distinto para vincularlos, ha encontrado uno muy sutil: no atribuir diploma oficial. Para quien conozca la fuerza que tiene el título en Francia, esta clase de vinculación debe tener alguna eficacia.

Los países subdesarrollados

El valor económico del hombre ha sido puesto en evidencia también por las experiencias intentadas en los países subdesarrollados. Cuando esta expresión empezó a usarse hace unos quince años, la primera idea de los políticos fue: "Estos países son poco evolucionados porque no tienen dólares", y todas las cuentas y todos los cálculos se hicieron en dólares.

Algo más tarde, cuando se elaboró un primer balance, se verificó con pesar que el esperado desarrollo no se había producido; los dólares no habían servido para nada o para poca cosa, porque habían sido malgastados. Aunque la corrupción política no desempeña un papel apreciable, los países del tercer mundo no son aptos para gastar sumas importantes de manera útil, porque no cuentan con los hombres necesarios. En tales condiciones, es casi fatal que los fondos no se utilicen más que para fines poco útiles. Los préstamos o donaciones pueden dar alguna satisfacción en lo que tiene que ver con la venta de coches americanos o de refrigeradoras, pero ello no mejora la situación del país. Las mismas máquinas producen decepciones: mal atendidas, mal reparadas, sólo tienen una vida muy corta.

En Irak, con dólares en abundancia, con importantes capitales disponibles gracias a su petróleo, los hombres son tan pobres como antes, mientras que en Israel hay científicos y técnicos que encuentran la manera de hacer brotar riquezas de antiguos desiertos.

La asistencia técnica en los países subdesarrollados ha significado un progreso, ya que se presta saber en lugar de prestar dinero. Pero la única solución, la solución específica, consiste en comunicar ese saber y en enseñar a los hombres del tercer mundo a explotar su naturaleza, a domesticarla.

Volveré a ello dentro de un momento.

Objeción corriente

Aunque nadie contradiga abiertamente estas consideraciones que no quisiera yo llamar una "tesis" por lo evidentes que son, ellas sufren sin embargo olvido o negligencia, ya sea porque en la práctica sigan siendo letra muerta, o bien porque no se las acepta a no ser con la siguiente reserva: "Es claro que nadie pone en duda la utilidad de los hombres que saben producir, que saben segregar riquezas, pero también se necesitan capitales. La expansión y el desarrollo exigen unos y otros en forma concurrente".

Empezar con esta idea poco revolucionaria es desplazar el problema y, seguramente, preparar dificultades próximas. Es obvio que para los técnicos es más cómodo tener capitales que carecer de ellos, pero hay que saber colocar bien la prioridad. Cuando existen los hombres, los capitales llegan o pueden encontrarse, pero la inversa no es cierta. Miremos un poco:

- a) En el mundo, ¿adónde van los capitales volantes disponibles? Hacia los hombres que saben trabajar: el Mercado Común, Suecia, Inglaterra, y se resisten a ir a países donde abunda sí la mano de obra poco exigente pero que no sabe producir;
- b) Un hombre puede conseguir máquinas prestadas; si sabe emplearlas bien, las amortizará en pocos años;
- c) El hombre es capaz de forjar sus capitales. Capitales para producir el utilaje, las máquinas, es decir, el trabajo del hombre. He citado antes el ejemplo de Alemania, una prueba deslumbrante que se ha dado sin que, no obstante, se haya reconocido la enseñanza.

El hecho fundamental es que el hombre sabe hacer máquinas, pero no se han encontrado máquinas que hagan hombres.

La acumulación del saber

Carlos Marx construyó una hermosa teoría de la acumulación del capital; indudablemente que en su época, a pesar de Saint-Simon, era el factor más aparente, el más visible. Pero hay que darse cuenta de que esa acumulación es un fenómeno espectacular pero secundario; cuando existen los hombres capaces de trabajar, la acumulación de capital se hace completamente sola, en cualquier régimen. El fenómeno más importante, el único decisivo, es la acumulación de saber. Si Carlos Marx viviera en nuestros días, probablemente agregaría algunos libros a su gran obra para marcar la importancia del saber.

"Pero, se objeta, el saber no se acumula puesto que se destruye en cada generación; constantemente hay que rehacer el trabajo, como la roca de Sísifo que siempre hay que volver a elevar". Esa destrucción del saber merece mirarse de cerca: puede haber aptitudes y técnicas que se pierdan. Tal vez pueda hablarse de destrucción continua para la experiencia individual y social.

"La humanidad, que debería tener seis mil años de sabiduría, dijo el gran Tristán Bernard, vuelve a caer en la infancia en cada generación". Pero para el saber propiamente dicho, la ciencia, no hay destrucción. Se transmite fielmente y no sólo en la escuela; se transmite en la familia, se transmite en la calle y hasta se comunica por un cierto ambiente, por un no sé qué que todavía no ha sido bien explicado. Los jóvenes de hoy comprenden espontáneamente, sin explicación, objetos, representaciones, que la generación anterior no comprendía, aún siendo adulta. Los cuadros de Van Gogh, por ejemplo, agradan a los niños; las teorías de Einstein, el atletismo femenino, la inflación continuada que habían chocado y desconcertado a los padres se admiten al vuelo, se asimilan sin esfuerzo para pasar enseguida a un nivel superior.

Así, el saber se acumula y en particular el saber científico; precisamente es una característica de la ciencia no retroceder jamás, salvo cataclismos destructores.

La forma de la inversión intelectual

Del conjunto de las observaciones precedentes, hay que concluir que la enseñanza es por mucho la primera de las inversiones en todos los países, colocándose estrictamente en el dominio económico. Pero si esta observación puede halagar, satisfacer por diversos lados a los docentes, también les produce, a pesar de todo, cierta aprensión. ¿Por qué?

Hemos visto que la enseñanza tiene una explicación histórica. En el curso de su formación y de su desarrollo, ha contraído cierta aversión, cierta desconfianza hacia todo lo que es material; tiene temor de los negocios por ejemplo y también teme volcarse en el utilitarismo. Para la enseñanza el miedo es el de caer, el de degradarse. La lucha contra esta obsesión de la decadencia es enormemente difícil. Se la encuentra en todas las ramas, desde la economía política hasta las lenguas vivas, pasando por las matemáticas o la biología.

Tomemos el toro por los cuernos mostrando el error que se suele cometer al oponer una cultura a otra.

Domesticar la naturaleza, segregar riquezas, tarea social fundamental, exige sobre todo científicos, y por tales entiendo no sólo los hombres hechos a las ciencias físicas, sino también a los hombres que conocen las ciencias humanas: sociólogos, administradores.

Ahora bien: no siempre se ha comprendido bien la necesidad de impulsar en estas direcciones y los titulares de otras disciplinas se alarman un poco, porque la cuestión ha sido mal presentada, como si pareciera afirmarse la superioridad de ciertas culturas sobre otras.

Sin que ninguna cultura sea superior a las otras, se plantea una cuestión de respeto a las proporciones. Nadie puede impedir que la cultura recibida sirva durante toda la vida profesional.

No es ése su único objetivo, pero es un objetivo importante. En la sociedad, empero, y sobre todo en la población activa, tiene que haber proporciones determinadas. ¿Determinadas por qué? Por la técnica y como la técnica se modifica (con rapidez), las proporciones también deben cambiar.

Ese cambio de proporciones necesario en el conjunto de la población, exige un cambio mucho más importante todavía en las generaciones ascendentes.

Pero ese cambio de proporciones debe interpretarse correctamente: decir que lo científico es superior a lo literario es un absurdo comparable al que se cometería si se dijera que el violín es superior al piano porque se ponen más violines que pianos en un conjunto de instrumentos. O si en un equipo de fútbol faltaran delanteros y hubiera exceso de zagueros, el hecho de buscar primero delanteros no significaría que el delantero sea intrínsecamente un hombre superior al zaguero.

En las circunstancias del momento, hay que restablecer en todos los casos las proporciones convenientes para la armonía del conjunto.

Hay que ir más lejos. No sólo no hay inferioridad ni humillación para nadie, sino que las culturas distintas de la ciencia están primordialmente interesadas en el desarrollo de la cultura científica y técnica. Ella es la madre nutricia. Si mediante sus progresos se producen más riquezas en el país, todos resultarán beneficiados. Será más fácil asignar fondos a todas las actividades culturales, consagrarles recursos más importantes aún, claro está, a las que no han concurrido directamente a la producción de riquezas.

Retorno a los países subdesarrollados

Los países subdesarrollados son un campo experimental que nos instruye sobre las leyes económicas. Gracias a ellos se creó la ciencia del desarrollo.

Cuando se advirtió que el dólar, el dinero, no servía o era mal utilizado, se pensó en otro método llamado la asistencia técnica. Era un progreso en la buena dirección. Debido a los fracasos registrados, se comprendió mejor el valor del hombre. Como el hombre no es mercadería (aquí es una ventaja) este bien debía emplearse adecuadamente. Mientras que un gobierno poco cauto podría dilapidar los capitales que se le dieran, no podría, en cambio, comerse un agrónomo, un geólogo, un químico. Sólo puede emplearse un técnico en aquello que sabe hacer.

El método de la asistencia técnica ha significado un sensible progreso a pesar de la insuficiencia numérica de las personas enviadas a los países subdesarrollados; sin embargo sólo es algo falta de una cosa mejor. Mientras esos países no salgan de sus rutinas y de su miseria, tampoco saldrán de su período de dependencia. Por ahora sólo son independientes en lo político, nominalmente.

Sólo habrán conquistado verdaderamente su independencia el día que sus hombres sean capaces de explotar la naturaleza, de hacer producir a su suelo y a su subsuelo las riquezas necesarias, de transformarlas. Por eso la asistencia técnica, cualquiera sea el progreso que represente, no es más que una etapa en el camino a seguir. El secreto del desarrollo, el método específico, consiste en enseñar a estos hombres a que hagan con objetos que parecen sin valor, una creación de riquezas como las que los europeos conocen.

A la búsqueda de lo cuantitativo

Volvamos a Francia y a los países de Europa occidental: las consideraciones que he expuesto (y otros conmigo) en cuanto al valor económico del hombre, respecto de su prioridad absoluta sobre el capital, se escuchan con benevolencia, con atención y cortesía, pero no son seguidas de efectos. ¿Por qué?

La vida social es una lucha contra muchas personas que predicán, si no para sí mismas, por lo menos para el dominio que les interesa y al cual administran. Todas esas luchas tienen finalmente por teatro el terreno presupuestal. Tal vez sea un error, pero es un hecho: las prioridades terminan por fijarse en el terreno financiero.

Ahora bien, todas las partes que toman o desean recibir tienen sumo cuidado en mostrar que su acción beneficia a la nación. Y lo hacen esgrimiendo cifras. Ciertamente que todos esos cálculos están lejos de la perfección y que pueden seguirse otros criterios. Con todo, quien llega a mostrar con cierto rigor que la inversión material que propone tendrá un efecto apreciable sobre el ingreso nacional, tendrá más probabilidades que otros de ser escuchado por el ministro de Hacienda, por el Comisario de Plan, por el Gobierno o los funcionarios competentes. Si son honestos, preocupados por el bien público, un cálculo serio que conduzca a un resultado interesante será siempre un excelente alegato.

Y es aquí que aparece la temible desventaja de la enseñanza; ya tiene en su contra el no rendir frutos más que a un plazo bastante largo. En cambio, los planes se establecen con un horizonte de cuatro o cinco años. Además, es muy difícil medir cuantitativamente los resultados de la enseñanza.

Sin embargo, si pudiera llegarse a ello, los argumentos en favor de la enseñanza serían de tal modo deslumbrantes que los poderes públicos, el Plan, el presupuesto no podrían permanecer impasibles, como con excesiva frecuencia lo hacen en la actualidad.

Un plan de investigaciones

El conjunto de investigaciones que hay que emprender es demasiado importante para que un solo hombre pueda asumirlo.

El objetivo es, en efecto, que dondequiera que sea posible se intente por todos los medios disponibles, medir el rendimiento directo, material, de la enseñanza. El razonamiento inicial sería el mismo que para una inversión material:

- a) Un primer cálculo apuntaría a su costo, traducido en unidades monetarias, a falta de una unidad más adecuada;
- b) Otra serie de cálculos apuntaría al acrecimiento del ingreso nacional resultante de esa inversión.

Claro está que el cálculo debería hacerse en el cuadro nacional. En el plano individual está todo hecho, porque efectivamente cada uno sabe que ser ingeniero produce más que ser barrendero en una fábrica, pero en la escala nacional el cálculo es algo más complejo, como vamos a ver, y todavía no se ha hecho.

La primera parte del trabajo, arriba enunciada, es relativamente fácil: el costo de formación, el costo de la inversión se obtiene utilizando los gastos públicos en favor de la enseñanza.

Tales gastos han sido llevados a cifras por el Instituto Francés de Estadística, hace algunos años; hay que elogiar calurosamente a esa institución por su tentativa, lamentando sin embargo que no la haya llevado más lejos. El costo total de la escolaridad se ha calculado para cierto número de categorías de enseñanza. Esos gastos que el INSEE dio en francos, yo los he convertido en otra unidad muy cómoda: el año de trabajo; es la masa de las riquezas segregadas en Francia durante un año, dividida por el número de personas que trabajan.

Se obtiene así el producto de un año de trabajo, unidad más segura que la unidad monetaria, que cambia menos con el tiempo y por lo menos es independiente del nivel de los precios.

He aquí, convertidos en años de trabajo, los resultados esenciales de esas investigaciones:

- Un hombre que sale a los catorce años de la enseñanza primaria simple, que ha hecho ocho años de escuela, ha costado a la nación medio año de trabajo.
- Un obrero calificado ha costado un año;
- Un bachiller un año y medio;
- Un licenciado dos años;
- Un maestro tres años;
- Un ingeniero alrededor de cuatro años de trabajo.

Las cifras no contienen la amortización de los edificios y del material, por lo que deberían aumentarse levemente.

Ahora habría que saber lo que la formación de estas varias categorías de hombres rinde a la nación. Aquí el cálculo es mucho más difícil.

El ingreso, el salario de un trabajador es muy inferior a la producción que él asegura, aunque sólo nos atengamos a la producción directa. Hay que agregarle, en efecto, los impuestos percibidos sobre esta producción, la ganancia obtenida y a veces otras cargas.

Además, si el trabajador está suficientemente calificado para que se le busque, su actividad procura trabajo a otros. Ese efecto de multiplicador puede ser a veces muy importante.

Aquí sólo puedo darles los primeros balbuceos de la investigación. Se trata de un resultado grosero y muy provisorio, destinado más que nada a mostrar el camino, no a dar una información verdadera.

En síntesis, se puede estimar que un obrero calificado produce cada año el equivalente de un año y medio a dos años de trabajo, de los que consume más o menos la unidad, quedando el resto para la nación en forma de descuentos, impuestos, ganancias, etc.

De este cálculo se deduce, considerando al hombre como una especie de máquina (no hay más remedio que pasar por eso) que para la nación el obrero calificado se amortiza casi en un año o en un año y medio. Una vez amortizado, sigue produciendo para la nación mucho más de lo que consume, durante más de cuarenta años. Este cálculo es ciertamente muy basto pero es evocador: ¿cuál es el material, cuál es el producto para los cuales se puedan encontrar cifras de ese orden?

Si se hiciera el cálculo para un ingeniero, no habría que contar sólo su sueldo, aún aumentado con todos los adelantos efectuados sobre su producción. Lo que nos importa, es la riqueza nacional que se produce cada año gracias a la presencia, a la actividad de este hombre. Como esa actividad afloja el cuello a la economía, el efecto de multiplicador debe ser sensible. No sólo hay obreros que trabajan gracias a él, sino comerciantes, servicios, etc., que de otro modo estarían sub-empleados.

Un notable ejemplo de este fenómeno de multiplicación de actividad lo tenemos en Suiza, país muy mal conocido por los franceses, por lo menos desde el ángulo económico. Suiza es el país que ha impulsado más la enseñanza, sobre todo la enseñanza técnica. Ahora bien, los suizos formados de esta manera se han visto en la necesidad de contar con una población suplementaria para completar su propia actividad. Así, este país que no tenía ninguna riqueza natural, que no posee carbón, ni hierro, ni petróleo, ni mineral alguno, que no tiene puerto de mar, ese país del que se ha dicho que no tenía ni tierra, ni mar, ni suelo, ni sub-suelo, ese país que durante mucho tiempo sólo vivió de la exportación

de mano de obra militar, tiene ahora una densidad de población superior en la unidad a la de Francia, y ha hecho venir además 6 millones de trabajadores extranjeros a los que han asegurado trabajo gracias a la calificación de sus hombres.

Teniendo en cuenta toda esta población suplementaria que de este modo ha encontrado una actividad productiva y lucrativa, se ve que esos hombres formados en Suiza en una alta técnica tienen una producción enorme. Tal vez han sido amortizados en un año solamente. En todo caso, es muy probable que pueda adelantarse sin gran imprudencia la cifra de dos años para un ingeniero.

Ante tales resultados prodigiosamente elocuentes, se siente la necesidad de afirmar mejor cálculos de este tipo. Los resultados, frágiles todavía, que yo doy, no son suficientes para vencer las enormes resistencias que encuentra el progreso de la enseñanza.

Lo invisible y lo desconocido

Ha dicho Julián Green: "El gran pecado del mundo moderno es el rechazo de lo invisible". Retomo la frase, tal vez con un sentido bastante diverso del suyo, pero con tanto vigor como él.

Trátase del Plan, o de una economía nacional sin Plan, cada vez que se presenta una elección, lo visible y hasta lo espectacular superan fácilmente a lo menos visible. De esta falta de luz resultan daños considerables porque se tiene la tendencia (digo sencillamente "tendencia" pero a menudo la práctica le obedece) a considerar como cero una cantidad desconocida, por preciosa que sea.

Para hacerme comprender bien, daré un ejemplo que parece alejado de mi asunto: se trata de un episodio que presencié en mi infancia, que entonces me había sorprendido y que me vuelve con una extraña resonancia.

Uno de mis amigos meridionales hacía construir un pozo, en su propiedad, por un pocero que era un poco brujo y que "adivinaba" el agua. El pocero dijo a mi amigo: "Señor, usted tiene agua bajo sus pies a 7,50 m. de tierra no arcillosa". El dato parecía muy interesante: cavar 7,50 m. no estaba verdaderamente fuera del alcance.

Pero mi amigo replicó: "¿Puede ser que haya también tierra arcillosa? ¿Entonces podría haber 7,50 m. de tierra no arcillosa más 300 metros de tierra arcillosa?". Y respondió el pocero, con su sabroso acento: "Seguramente, señor, pero qué quiere Ud., la arcilla yo no puedo adivinarla!". Tomando su resultado sin tierra arcillosa se tenía inclinación a olvidarse de ésta.

Ese curioso fenómeno de olvido lo he verificado desde entonces con frecuencia en cálculos de apariencia científica. El que los presenta colma sus escrúpulos

acompañándolos con reservas: "Habría que tener en cuenta también ese factor no medido". Una vez tranquilizada la conciencia, las cifras conocidas se presentan con amplitud. Quien las reproduce o las utiliza olvida fácilmente las reservas y no da más que los resultados en cifras, a veces muy alejados de la realidad.

He ahí por qué la enseñanza se considera todavía en nuestras cuentas nacionales como un consumo, mientras que no solamente es una inversión, sino la más "rentable" de todas.

He ahí por qué, también, se verifica esa trágica oposición: lo que en los países occidentales se gasta en comodidad y diversión por encima de dicho gasto en la Unión Soviética, equivale aproximadamente a lo que, en la misma Unión Soviética, se gasta en más para la enseñanza.

Me ha ocurrido, al encontrarme con hombres que elaboran planes, el decirles sin sonreír: "Pero, en sus cálculos, me parece que ustedes han olvidado algo". Se me respondió: "En absoluto: vea las inversiones: aquí la electrificación, las telecomunicaciones, allá las fábricas, etc.". He insistido más a fondo: "Pero, sin embargo, ustedes han olvidado algo". Y al calculista que buscaba entre sus papeles y en su memoria, le he agregado: "Ustedes han olvidado a los hombres!".

Conclusión

El "cada niño que se ha instruido es un hombre que se ha ganado" de Hugo es a la vez magnífico y superado. Más vale tomar la palabra de Fourastié: "Un país subdesarrollado es un país sub-enseñado". Es por eso que hay una inmensa necesidad de enseñanza en el mundo. Existe aún en los tres mil millones de hombres una oscura voluntad de conocimiento, mientras que en todas partes, en todos los países, se experimenta una intensa escasez de docentes. Todos esos países que se independizan, que no quisieran necesitar de nosotros, nos piden afanosamente docentes. Que esa necesidad se concrete, que se manifieste ruidosamente, y nosotros veremos todavía, pero en escala mundial esta vez, un nuevo "milagro". Pero esta vez se le comprenderá!